

TIEMPOS, UNA LIGERA APROXIMACIÓN

A UNA TEORÍA DEL *TIEMPO*

Octavio Spíndola Zago

*Licenciatura en Historia,
Facultad de Filosofía y Letras
Benemérita Universidad Autónoma
de Puebla*

Para diferenciar varias fases comparamos unas con otras. Medimos el tiempo en duraciones de fase o en duraciones de grupos de fases. Nuestro sentido de la percepción mide fases más largas o más cortas. Las proporciones sirven para una definición más exacta –una fase es el doble o el triple de larga que otra. Para fijar proporciones, elegimos una unidad de referencia que está relacionada habitualmente con el tiempo medido por un reloj; decimos que una fase dura un segundo, dos segundos, una décima de segundo.

Karlheinz Stockhausen¹

¹ Stockhausen, K. Cómo transcurre el tiempo. *Die Reihe*. Vol. III. Pennsylvania, Theodor Presser, 1959, p. 256.

Es parte de la esencia humana buscar en el fondo de su ser la razón de existir de su realidad. Ludwig Wittgenstein atribuía al lenguaje la capacidad de cohesionar y dar forma-sentido al mundo exterior *a priori* de la experiencia compartida como espacio público de comunicación cultural. Cuando los seres solitarios se insertan en esas esferas colectivas, se sienten invadidos por un sentimiento salvaje de intimidad e inmanencia (en términos de George Bataille²), precisamente al saberse parte constituyente de un *algo más* mucho más complejo que sí mismo. ¿Qué puede ser un espacio más común y público que el eje tiempo?

Recorrer, a través de una revisión bibliográfica comparativa entre Sarmiento y Koselleck —excusa para abundar en muchos otros buscando un *ubi consistam*—, la historia del tiempo, el tiempo en la historia y la relación historia-tiempo matizada desde el enfoque científico (un tiempo natural) y desde el teórico (un tiempo histórico) es una tarea sumamente interesante en la que el historiador debe reparar. A partir de la noción de *tiempo* como construcción cultural, narrativamente significada y socialmente asimilada (susceptible de ser teorizada y deconstruida, para saber qué tan diferentes son los tiempos, sus concepciones y las implicaciones que

devienen con ellas), nos permite ver en el tiempo el objeto-fenómeno-experiencia por excelencia de la (pos-hiper-trans)modernidad, una modernidad basada en el Estado-Nación como administrador de un tiempo abstracto que somete a los sujetos y colectividades a ritmos mecánicos de producción y consumo de valores, capitales y mercancías³.

El interés por entender el tiempo es antiguo, muchos se han preocupado y ocupado de esta cuestión, incluso ontológica, siguiendo a Martin Heidegger, quien dedicó una de sus obras magnas a reflexionar en torno a la importancia del propio tiempo⁴. El ser humano por antonomasia es observador y racional, lleno de preguntas que busca responder; en las civilizaciones agrícolas la necesidad llevó al humano a fijarse en su medio con detenimiento y

3 En el caso de la Hipermodernidad, el Estado no sólo administra el tiempo sino que se ve reducido a una neta temporalidad omnipresente asimilada orgánicamente por los sujetos e instituciones que lo integran. En la Posmodernidad, el Estado se ha fragmentado y reducido a cenizas, dejando al sujeto en un tiempo-a-la-deriva, en crisis, superfluo e inestable, extremadamente etéreo —llevando el concepto líquido de Zygmunt Bauman a un estado físico más extremo. Finalmente, el tiempo en la Transmodernidad es indefinible, es plural, digital, cambiante y transformador. Sea cual sea el paradigma temporal con el cual queramos describir nuestro momento histórico, en todos ellos el tiempo es un eje transversal y diametral fundamental.

4 Véase Heidegger, M. *Ser y tiempo*. Madrid, Editorial Trotta, 2003, especialmente pp. 62-75; aunque toda la obra es una reflexión profunda en torno al *Dasein* y la construcción historicista del sujeto-Ser en una dimensión temporal que se desdobra sobre sí misma para dar sentido al Ser como temporal.

2 Bataille, G. *Teoría de la Religión*. España, Taurus, 1975.



buscar el modo de sacar provecho de él, este espíritu emprendedor se tradujo en momentos tan importantes como la Revolución Neolítica, la Revolución Industrial, asimismo las burguesas, proletarias y liberales, y a través de las cuáles se construyeron y reconstruyeron las perspectivas del tiempo con base en nuevas preguntas que se ha hecho un hombre que cambia al ritmo de su nuevas realidades y técnicas, como lo señala Eric Hobsbawm:

La «tradición inventada» implica un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, la cual implica automáticamente continuidad con el pasado. De hecho, cuando es posible, normalmente intentan conectarse con un pasado histórico que les sea adecuado.⁵

¿Cómo entender el tiempo? Antonio Sarmiento propone que sea a través de su naturaleza como fecha e intervalo (entendiendo intervalo como un periodo temporal utilizado como medida) que a lo largo de su obra, *El fantasma cuyo andar deja huella*, desglosa magistralmente las leyes que lo rigen y las concepciones que lo han

moldeado partiendo del tiempo como algo dado. Por su parte, Reinhart Koselleck en *Futuro pasado* aborda el tiempo más como un constructo problematizante, es decir, que el tiempo es un producto humano resultado de sus necesidades e intereses, lo cual lo lleva a cuestionar al tiempo a partir de las funciones sociales, culturales y académicas que cumple, como su rol en la dinámica epistémica entre el horizonte de expectativas y el espacio de experiencia, o en otras palabras, entre un futuro y un pasado que sólo existen en un presente mecánicamente creado, siguiendo en esta reflexión a Alfonso Mendiola.

De tiempo y tiempos: El sujeto y su historia

La contemplación de las ruinas nos permite entrever fugazmente la existencia de un tiempo que no es el tiempo del que hablan los manuales de historia o del que tratan de resucitar las restauraciones. Es un tiempo puro, al que no puede asignarse fecha, que no está presente en nuestro mundo de imágenes, simulacros y reconstituciones, que no se ubica en nuestro mundo violento, un mundo cuyos cascotes, faltos de tiempo, no logran ya

⁵ No es casual que una revolución devenga en esfuerzos institucionales por construir nuevos discursos, representaciones y cartografías del tiempo y el espacio en disputa. Hobsbawm, E. Ranger, T. (eds). *La invención de la tradición*. Barcelona, Crítica, 2002. p.8.

*convertirse en ruinas. Es un tiempo perdido
cuya recuperación compete al arte.*

Marc Aubé⁶

El sol, la luna, el tiempo. Aquí inicia la travesía histórica que nos llevará al momento de la discusión actual. De Mesoamérica y la zona andina hasta Mesopotamia, Egipto, y Oriente lejano, se recurrió a observatorios y monumentos cargados de significado religioso y cultural, para dar un orden terrestre a los fenómenos celestes, el tiempo y la astronomía se funden.

Hallamos por doquier vestigios de significados míticos, místicos o románticos; en las palabras «alunado» y «lunático», y hasta en la costumbre de los enamorados de citarse a la luz de la luna. Pero todavía más profunda es la primitiva relación entre la luna y la medición. La palabra *moon* en inglés y su equivalente en otras lenguas proviene de la misma raíz, *me*, que significa «medida» (como en la palabra griega *metron*, y en las inglesas *meter* y *measure*), que nos recuerda los servicios que antaño prestara la luna como primer instrumento universal para medir el tiempo.⁷

La observación de los movimientos periódicos permite encontrar frecuencias susceptibles de ser estandarizadas, y por

tanto, manipuladas por el hombre. En este sentido aparecen los relojes de arena, agua y solares, cuyo uso mantuvo vigencia por su eficiencia y utilidad para responder a las necesidades básicas de medición de ese momento, hasta entrado el siglo XIV, con el desarrollo de los relojes mecánicos.

El primero de ellos fue el péndulo, creación del holandés Christian Huygens en 1656, ofrecía una medición exacta del tiempo, el problema era que en pleno siglo XVII, auge del comercio marítimo y los conflictos navales, se “mareaba”.⁸ Para atender este problema, el mismo Huygens construyó en 1675 el primer reloj controlado por un resorte que ya no se alteraba por el vaivén del mar.

El hombre se mostró empeinado en someter el tiempo a medida que avanzaba la ciencia y la tecnología: cuestiones como el factor C, es decir, el “número de oscilaciones que un resorte realiza antes de que su energía disminuya”,⁹ la exactitud, la estabilidad y la fricción llevaron al desarrollo más minucioso de aparatos de medición. Para 1704, Nicholas Facio introdujo los soportes de joyas, hacia 1921 William Hamilton Shortt logró el primer reloj de dos péndulos, ocho años después Warren A. Harrison desarrolló el primer reloj basado en un cristal de cuarzo. En 1949 la

6 Aubé, M. *El tiempo en ruinas*. España, Editorial Gedisa, 2003, p.7.

7 Boorstin, D. *Los descubridores*. Vol I. Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1997. p.10.

8 Sarmiento, A. *El fantasma cuyo andar deja huella. La evolución del tiempo*. México, FCE-CONACYT-SEP, 1991. p.31-32.

9 *Ibid.* p.40.



Oficina Nacional de Estándares de Estados Unidos apertura la época de los relojes atómicos, ligados al amoníaco, el cesio y el rubidio. Para 1957 aparecen los relojes eléctricos donde se reemplaza el resorte por una batería, y la rueda de balance por un diapasón.

A la par del cronológico, el tiempo calendárico también ha sufrido serias modificaciones y profundizaciones desde el de los egipcios, pasando por el Juliano (46 a. C.), y llegando al reformado Gregoriano (1582). Ya no se habla simplemente del año solar o tropical, actualmente existen conceptos como año sideral (basado en la observación de una estrella, y no del sol), del tiempo efemérico (que parte de sucesos astronómicos y no de rotación terrestre), el tiempo bisiestro o el Tiempo Universal Coordinado.

Y es que incluso el tiempo ha sido atravesado por la institucionalización, convirtiéndose en un dispositivo de normalización. ¿Quién lo hace funcionar? La Oficina General de Estándares, en Colorado, el Observatorio Nacional, en Washington y Florida, y la Oficina Internacional de la Hora, en París. Básicamente, la realidad temporal, al igual que muchos otros aspectos de la cotidianeidad, son impuestos por elites con una vocación civilizadora, es decir, nos inventan y reinventan, a través de los medios de difusión.

¿Cuáles son esos medios que en este contexto cumplen la función de transmitir la hora? Señales radiofónicas,

cuyos antecedentes se encuentran en los primeros intentos de enviar señales por cable realizados por Alexander Bain en 1840, y el sistema telegráfico de Samuel F. Morse en 1844. Las primeras señales radiofónicas se enviaron desde las instalaciones de la Oficina Nacional de Estándares de Colorado, de Hawai y otras oficinas en el mismo Fuerte Collins, Colorado; en frecuencias muy bajas, bajas, intermedias, altas y muy altas. Desde la segunda mitad del siglo pasado se recurrió a señales televisivas y, actualmente, satelitales.

Lo planteado por Sarmiento, desde su postura científica, coincide con un concepto que Koselleck, quien a partir de la óptica del historiador denomina *tiempo natural*: “La cronología responde a preguntas por la datación en la medida en que remite los numerosos calendarios y medidas del tiempo que se han dado en el curso de la historia a un tiempo común: el de nuestro sistema planetario calculado fisicoastronómicamente”¹⁰, un tiempo regido por leyes naturales inalienables. Sin embargo, éste no es el único tiempo, existe uno permeado de subjetividad y contextualidad: el tiempo histórico. Éste es hecho por el hombre en sentido que el hombre mismo es la medida de tiempo, no aparatos ni herramientas.

10 Koselleck, R. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. España, Ediciones Paidós, 1993. p.13.

Aubé, sin embargo, reduce el tiempo a un elemento axial de la fórmula naturaleza-sensación, a un rastreo de vestigios en una naturaleza extraña y absorbente:

Contemplar unas ruinas no es hacer un viaje en la historia sino vivir la experiencia del tiempo, del Tiempo puro. En su vertiente pasada, la historia es demasiado rica, demasiado múltiple y demasiado profunda para reducirse al signo de piedra que ha escapado de ella, objeto perdido como los que recuperan los arqueólogos que rebuscan en sus cortes espacio-temporales. En la vertiente presente del tiempo, la emoción es de orden estético, pero el espectáculo de la naturaleza se combina en esa vertiente con el de los vestigios. [...] Con todo, al espectáculo de la perpetua renovación de la naturaleza puede unirse también el sentimiento reconfortante de una totalidad que trasciende esos destinos [...]. La naturaleza, en este sentido, anula no sólo la historia, sino también al tiempo.¹¹

¿Cómo proceder en la relación historia-tiempo si seguimos la premisa de una naturaleza capaz de anularla epistémicamente? Ésa es la cuestión: la anulación no pasa por mecanismos cognitivos, sino meramente estéticos. *Naturaleza* para Aubé no es un eje ontológico —es decir, fundador de un sentido de origen y devenir—, sino estético, que da forma a imágenes mentales en tanto resultado de sensibilidades. No nos detenemos, pero subrayamos la tentadora idea de pasar de

un tiempo vectorial a uno fenoménico — idea que Koselleck supo desarrollar.

Con respecto del tiempo histórico, éste está vinculado a “la coacción política en la toma de decisiones bajo la presión de los plazos, la repercusión de la velocidad de los medios de comunicación e información en la economía o en las acciones militares”¹², en el comportamiento social, en los sistemas ideológicos... básicamente es por inherencia cuantiosamente más complejo que el denominado “natural”.

Si seguimos a Sarmiento, el pasado se queda en el andar del tiempo, que transcurre en el presente hacia el eterno futuro, pero el tiempo histórico no puede ser lineal ni uniforme, aunque el proyecto cultural occidental ha sido someter el tiempo universal a la lógica geocentrista del capitalismo cristiano. Del pensamiento lineal medieval a futuro, pasando por el pasado renacentista, el espiral viquiano en el cual el presente se antoja un espacio de oportunidad (sea perfecto en la lógica ilustrada, perdido en la narrativa romántica o cambiante en el discurso positivista), la historia ha roto la predeterminación teleológica o deísta mediante lo que Karl Jaspers denomina la radicalización de la contingencia (término extraído de la teología medieval pero redimensionado por la filosofía hegeliana).

11 Aubé, M. *Op. Cit.* p.45-46.

12 Koselleck, R. *Op. Cit.* pp.14-15.

La contingencia crea fracturas y abre espacio a tiempos axiales de procesos de mutación, nodo en el que se distancia el pasado como espacio de experiencia del futuro como horizonte de expectativa. El resultado final es la relativización. En la actualidad no existe una cultura, una lógica de pensamiento ni mucho menos una cosmogonía, sino una vorágine heterogénea de relaciones humanas y sociales con su entorno, y entendiendo al tiempo como un constructo resultante de dicha correlación como una categoría humana, concluimos que la aseveración “un tiempo” es por más falaz.

Continuando con Koselleck, el tiempo histórico es revestido por la irreversibilidad, que comparte con el tiempo natural; por la repetitividad, esa capacidad de encontrar patrones y establecer pronósticos, de un modo muy parecido a la estandarización y escalamiento que nos explica Sarmiento; y por la simultaneidad de lo anacrónico, y aquí encontramos la gran ruptura, se trata del acontecer en un mismo o distinto momento histórico (intervalo de tiempo) de acontecimientos que repiten patrones sin necesidad de compartir una geografía o temporalidad. Básicamente este último aspecto refiere a la superposición de diferentes tiempos.

Incluso del tiempo histórico, plantea Koselleck, existen distintos usos teóricos y metodológicos. Para aclarar este punto es posible recurrir a algunos historiadores. Fernand Braudel refiere a una historia

de rápidos movimientos (corta duración), una de cambios graduales (mediana duración) y una geográfica atemporal (larga duración); la suya es una obra orientada al estructuralismo y la contextualización del acontecer, el tiempo es marco de referencia más que protagonista.

Mientras Sarmiento habla del avance incontenible del tiempo y el futuro como algo irreversible, Walter Benjamin y los historiadores marxistas piensan el tiempo en manos de la sociedad y como constructo humano (se ha reiterado como postura central de Koselleck), susceptible de cambio y revolución y, por ende, el futuro se muestra en su desnudez tal como es: inexistente.

Desde Dominick LaCapra y Frank Ankersmit, el tiempo histórico ni siquiera existe más allá de la mente de quien lo trabaja, como plantea Koselleck, es un proceso de interiorización de subjetividades. La colectividad como sujeto traumado construye su propio tiempo a partir de mitos, un tiempo en el que el pasado sigue existiendo en cada uno y recurrimos a él, precisamente, porque no podemos recordarlo. Un tiempo en el que el futuro se desvanece tras la neblina de un presente incomprensible. Un tiempo doloroso y cruel¹³.

Los estudios culturales, giro-lingüistas, de género y de subalternidades, ofrecen

¹³ Ankersmit, F. *La experiencia histórica sublime*. México, Universidad Iberoamericana, 2010, pp. 277-333.

otra rica experiencia del tiempo, no como algo dado sino como algo sentido por sujetos invisibilizados, cuyo devenir es profundamente distinto al de los demás; es un tiempo que sigue marcas impuestas, una agenda obligada para la subsistencia pero con notorias resistencias. Eventualmente, las coyunturas sociales permiten a estas colectividades unirse y compartir una memoria sobre el silenciamiento a través de la cual, en un ejercicio heurístico, cada actor social descubre su propio poder y toma los recursos con que cuentan para luchar por su reconocimiento social¹⁴ y disponer sensorialmente de un nuevo tiempo socialmente diferenciado.

Diversos estudiosos de múltiples áreas articulan estas ideas en un proyecto intelectual bastante ambicioso y prometedor –no sólo para una construcción teórica sino para una práctica cultural y una praxis sociopolítica–, el cual consiste en concebir el eje tiempo como un espacio de oportunidad, una esfera de posibilidades desde la que los sujetos pueden emanciparse, liberarse, experimentarse, conocerse, reinventarse, etcétera.¹⁵

Pero no es una oportunidad gratuita, sino por conquista, para seguir termino-

logía marxista. Sabiendo que el tiempo es un bien abstracto con valor material, Sarmiento reconoce un acceso estratificado al mismo: “el tiempo, como lo conocemos, es en este sentido, sólo las migajas que provienen de las mesas de los pocos ricos *gourmet* que consumen la información”¹⁶, de quienes controlan los medios de difusión, por ejemplo.

Hemos hablado del tiempo natural e histórico, tratemos breve pero concretamente su sentido cultural. Desde la lógica marxista podría hablarse de un tiempo industrial, el hombre como un engranaje del sistema productivo que debe funcionar de manera cronometrada y coordinada. En contrapartida a éste podemos encontrar el de Huizinga, el *Homo Ludens* crea su tiempo dentro del “real”, con sus reglas y lógicas de funcionamiento¹⁷. Un tercer tiempo es el de Mircea Eliade, el hombre, a través de su cosmogonía, sacraliza el tiempo, lo resignifica respondiendo a necesidades místicas y espirituales¹⁸.

Se pensaría que la postura de San Agustín, la de un tiempo finito delimitado

14 Ramírez Reyes, N. *La fractura política de México en Atempan, Puebla. Movimiento ciudadano y redes sociales*. México, CEPDH, 2012, p. 101-108.

15 Cfr. García-Dauder, S. Las relaciones entre la Psicología y el Feminismo en “tiempos de igualdad”. *Quaderns de Psicologia*. (12), 2010, pp. 47-64.

16 Sarmiento, A. *Op. Cit.*, p.81.

17 Huizinga, J. *Homo ludens*. Madrid, Alianza Editorial-Emecé, 1996. En este párrafo me permito realizar una interpretación historiográfica de la noción de temporalidad a partir de la lectura de la obra en su completitud.

18 Eliade, M. *Tratado de Historia de las religiones*. México, Ediciones Era, 1998. Aunque toda la obra conduce a esta interpretación, véase puntualmente del capítulo 1, apartados “Variedad de las hierofanías” y “Complejidad del fenómeno religioso ‘primigenio’.”



por un Juicio Final, ha sido ya superada por la ciencia histórica y astrofísica pero cabría cuestionarnos la veracidad de ese enunciado. ¿No el calentamiento global y la crisis ambiental han llevado a la ciencia a replantear un tiempo finito ahora en función a la extinción de las especies, el colapso de los recursos naturales y las catástrofes naturales?

Sea cual sea la perspectiva de abordaje, el tiempo natural y el tiempo histórico se han visto modificados y susceptiblemente alterados por el desarrollo científico y tecnológico; a partir de la Revolución Industrial el tiempo fue demandado en aparatos de medición exacta y precisa, capaces de cronometrar cada segundo a la perfección.

Entonces el tiempo pasa a ser un elemento mecánico propio de la lógica tecnológica industrial. En *La técnica y el tiempo*, Bernard Stiegler analiza cómo a partir del mito de Epimeteo y Prometeo el hombre es creado por la técnica —ese hombre que Michel Foucault mató después de la muerte de Friedrich Nietzsche— en el apogeo de la era mercadológica.

La relativización del tiempo y el espacio en Einstein, hace eco en las ciencias sociales y teóricas que hoy buscamos replantear nuestra relación teórica con el tiempo mismo para lograr decodificar la realidad en la que nos vemos insertos, o al menos flotando a la deriva si se desea recurrir a ideas de la modernidad líquida y una posmodernidad (post-caída del Muro de Berlín). Pero esta crisis de *statu quo* del

orden imperativo apriorístico en las categorías científicas no es reciente:

Hasta el siglo XVIII, la prosecución y el cómputo de los sucesos históricos estaban garantizados por dos categorías naturales del tiempo: el curso de los astros y el orden de la sucesión de soberanos y dinastías. Pero Kant, al desestimar toda interpretación de la historia desde datos astronómicos fijos, y al rechazar el principio de sucesión como contrario a la razón, renuncia también a la cronología habitual como hilo conductor analítico teñido teleológicamente.”¹⁹

Dar por sentadas realidades como objetos dados es hoy un ejercicio ambiguo y limitado, y el resultado final consiste en investigaciones que no trascienden de engrosar currículos y llenar estantes de librerías, porque no responden a necesidades humanas actuales, no logra establecer un vínculo efectivo con el público-ciudadanía al que pertenecemos, sencillamente no contribuimos a este estado no-sustancial en el que vivimos a merced del tiempo...

Gracias a la Revolución de las Comunicaciones y la aparición del Internet, el neoliberalismo encuentra el medio para someter, o para ser más “exactos y precisos”, para que el hombre se someta a sí mismo y a los demás sin la menor violencia, un simple reloj en un escritorio o colgado en la pared es más que suficiente para desquiciar.

¹⁹ Koselleck, R. *Op. Cit.* p.59.

Vivimos esclavizados al tic-tac que nos ha penetrado y se aloja en nuestra mente y subconsciente, vamos a la cama sabiendo que al próximo día no bastarán las horas, no descansamos porque nos hemos atado a las cadenas de la exactitud y precisión. Los historiadores, sociólogos, antropólogos y demás estudiosos de las realidades humanas se mantienen atados al silogismo realidad=tiempo / tiempo=verdad, incapaces de desarmarse de esos residuos decimonónicos limitantes y reestructurar sus discursos²⁰.

Tiempos, historiadores y modernidades

El primer gran descubrimiento fue el tiempo, el terreno de la experiencia. Sólo señalando

los meses, las semanas y los años, los días y las horas, los minutos y los segundos, pudo la humanidad liberarse de la cíclica monotonía de la naturaleza. El correr de las sombras, de la arena y del agua, del tiempo mismo, traducido al staccato del reloj, se convirtió en una útil medida de los movimientos del hombre a través del planeta. Los descubrimientos del tiempo y el espacio llegaron a ser una dimensión continua. Las comunidades de tiempo produjeron las primeras comunidades de conocimiento, las maneras de compartir el descubrimiento, una frontera común de lo desconocido.

Daniel J. Boorstin²¹

En definitiva, éste es un área de investigación rica y amplia, el presente trabajo se ha limitado a ciertos fines y recursos, pero consiente que puede haberse omitido puntos y perspectivas que el lector considere importantes, por ello me disculpo. Dejo abierta esta aproximación intencionalmen-

20 Debemos, es verdad, matizar esta afirmación en la medida de lo posible y en el espacio de nuestra experiencia. La historia como conjunto de académicos, teorías y metodologías está dando pasos importantes contra la dictadura del tiempo al permitirse la anacronía, no como error sino como medio; ejemplos claros son la Historia Global, la Historia Oral y la Historia del Tiempo Presente. Véase Bédarida, F. Definición, método y práctica de la "Historia del Tiempo Presente. Cuadernos de Historia Contemporánea", (20), 1998, pp.19-27. Aceves, J. *Historia Oral*. México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993. Jean- Camarena Ocampo, M. Villafuerte García, L. *Los andamios del historiador. Construcción y tratamiento de fuentes*. México, Secretaría de Gobernación, Archivo General de la Nación, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001. Fazio Vengoa, H. "La historia global y su conveniencia para el estudio del pasado y del presente". *Historia Crítica*, 2009. pp. 300-319.

21 Boorstin, D. *Op. Cit.* p.9.



te para que pueda recibir constantemente puntualizaciones y correcciones.

Los ejes medulares han sido las obras de Reinhart Koselleck y Antonio Sarmiento, simbólicamente representantes de dos abordajes distintos: el científico y el histórico, el “objetivo” y el “subjetivo”, para utilizar categorías propias de la modernidad. Tras su lectura y el trabajo comparativo aquí planteado, podemos concluir que el perfil teórico del tiempo se ve ineludiblemente ligado a la óptica de abordaje y al proyecto “a futuro” –para jugar con los tiempos– desde el que se gramaticalice al tiempo mismo.

Es innegable que el mío es un interés de especie, podríamos decir, pues, como hemos visto, desde sus orígenes, el ser humano se ha preocupado por dar un sentido al paso de las estaciones, al envejecimiento de su cuerpo, a los cambios de su entorno y a las repeticiones en su medio; así nació el tiempo, sus estándares, su medición. Pero también se ha preocupado por problematizar teóricamente el tiempo, por entenderlo como un constructo humano y social que obedece a demandas económicas y personales e incluso culturales y espirituales.

Es claro que no hay un tiempo y por tanto no se le puede definir, los tiempos son dependientes de cada grupo y cultura, de cada fin ontológico y proyecto epistemológico. A pesar de ello, sin embargo, resulta proporcionalmente cierto que en todo momento y toda circunstancia el hombre

necesita, incluso biológicamente, saberse inmerso en un tiempo. Tan fundamental es este tema para el humano en sí mismo que Stephen Hawking en su *Breve historia del tiempo* atribuye al tiempo (como categoría metahistórica, para los historiadores, como realidad física para los estudiosos del universo, como primicia de producción y vida para los humanos en general) la clave de la vida y el universo mismo, y ve en el tiempo la clave para aproximarnos a la mente de Dios.

Pero el historiador se ha permitido quedar al margen de las discusiones en torno a la teoría científica y filosófica del tiempo, revelando que aún imperan maneras de hacer propias del positivismo rankeano²². Queda libre de dudas que el historiador trabaja con el tiempo, particularmente con el pasado, y siguiendo a Zermeño, existen “maneras distintas de entender el uso del

22 El pensamiento de Leopoldo von Ranke debe mucho a las obras de Rousseau, Vico, Niebuhr, Hermann y la Escuela Metódica Francesa. Su visión científica de la historia es claro contrapunto a la filosofía de la historia de su colega Hegel, y al aislarla tajantemente de la reflexión filosófica y de la acción política se quedó cerrado, en palabras de Hans-Georg Gadamer, en el mero análisis filológico. La trascendencia de su obra no descansa en ser una obra individual, sino en el marco institucional de la reforma universitaria de los Humboldt y la legislación de la Historia. Institucionalización y reglamentación van entonces de la mano en la construcción de la modernidad, caracterizada por someter todo y a todos al tiempo abstracto al que hemos referido. Zermeño Padilla, G. *La cultura moderna de la Historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2002. p.70.



pasado [...] en la modernidad: 1) la costumbre o historia como memoria flexible del pasado; 2) las convenciones sociales o la historia como enseñanza didáctica del pasado, y 3) La historia como mito o ritualización de prácticas referidas al pasado”.²³

Pero, ¿si el pasado desapareciera, si de pronto la teoría del tiempo que rige nuestra disciplina (y muchas tantas, por

no arriesgarme a decir absolutamente todas) se viniera abajo? Esa es una pregunta que debemos poner en la mesa: ¿somos capaces los historiadores, disponemos de los recursos teórico-metodológicos y de los esquemas epistémicos para reconstruir nuestra ciencia narrativa *ad hoc* al contexto actual, fluctuante, y atemporal?

23 *Ibidem.*



Bibliografía

- Aceves, J. *Historia Oral*. México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993.
- Ankersmit, F. *La experiencia histórica sublime*. México, Universidad Iberoamericana, 2010.
- Aubé, M. *El tiempo en ruinas*. España, Editorial Gedisa, 2003.
- Bataille, G. *Teoría de la Religión*. España, Taurus, 1975.
- Bédarida, F. Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente. Cuadernos de Historia Contemporánea, (20), 1998, pp.19-27.
- Boordtin, D. *Los descubridores*. Vol I. Barcelona, Grijalbo mondadori, 1997.
- Elíade, M. *Tratado de Historia de las religiones*. México, Ediciones Era, 1998.
- García-Dauder, S. Las relaciones entre la Psicología y el Feminismo en “tiempos de igualdad”. *Quaderns de Psicologia*. (12), 2010, pp.47-64.
- Heidegger, M. *Ser y tiempo*. Madrid, Editorial Trotta, 2003.
- Hobsbawm, E. Ranger, T. (eds). *La invención de la tradición*. Barcelona, Crítica, 2002.
- Huizinga, J. *Homo ludens*. Madrid, Alianza Editorial-Emecé, 1996.
- Jean- Camarena Ocampo, M. Villafuerte García, L. *Los andamios del historiador. Construcción y tratamiento de fuentes*. México, Secretaría de Gobernación, Archivo General de la Nación, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001. Fazio Vengoa, H. La historia global y su conveniencia para el estudio del pasado y del presente. *Historia Crítica*, 2009. pp. 300–319.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. España, Ediciones Paidós, 1993.
- Mendiola, A. *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*. México, Universidad Iberoamericana, 2003.
- Ramírez Reyes, Neptalí. *La fractura política de México en Atempan, Puebla. Movimiento ciudadano y redes sociales*. México, CEPDH, 2012.
- Sarmiento, A. *El fantasma cuyo andar deja huella. La evolución del tiempo*. México, FCE-CONACYT-SEP, 1991.
- Stockhausen, K. Cómo transcurre el tiempo. *Die Reihe*. Vol. III. Pennsylvania, Theodor Pressser, 1959, pp.256-280.
- Zermeño Padilla, G. *La cultura moderna de la Historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2002.